



LA HOJA de PARRA



EDICIÓN ESPAÑOLA

Méndez Alvaro, 2, 1.º

Apartado 547.

Horas: de dos á cuatro de la tarde

CARAS BONITAS

SUMARIO

ANTONIO PEDROSA

Sección vermouth.

EZEQUIEL ENDÉRIZ

Todos dicen...

D. GUANSÉ SALESAS

El gran novelista.

MIGUEL PROVINS

La costumbre.

EDUARDO ZAMACOIS

Ironías.

LUIS SANZ FERRER

Cantares baturros.

MANUEL DOMINGUEZ

Celebridades.

TIBIO TENAZAS

Ratos de ocio: El último adiós.

BÉTICO, TINO, MATEOS,

MENOR y M.-S.

Varios dibujos y retrato de

«La Miralles».



«LA MIRALLES»

La bailarina española que más lucidamente ha interpretado la música de Albéniz. «La han visto ustedes en «Rumores de la danza» y «Rumores personales» es «La Tana», de Broca. Y en «bulerías» basta decir que no tiene rival.

5 céntimos



La mujer.

¿Qué es la mujer?
Según.
Puede ser el fardo de la existencia.

Y puede ser el vermouth de la existencia.

Pero nada más que esto. Ríanse de faros, de semáforos, de farolas, de bichitos de luz ó luciérnagas, de rosas de pitimíní, de claveles dobles, de palmeras, de fantasmas, de ilusiones y demás zarandajas por el estilo.

DICHOS VULGARES



— ¡Verdad que tengo unas pantorrillas de señora mayor!

— Y todo.

Y vamos por partes:
Ve usted á cualquier barbiana con los bajos casi en el principal, é inmediatamente «suspira».
Vermouth.

«Sorprende usted á la Naturaleza en el acto», como dijo Newton, ó no sé quién, y exclama usted al momento: «¡Quién se hallase en el pellejo de él!» Ó lo que me parece igual: «¡Quién se hallase en el pellejo de ella!»...

Vermouth.

Y carga usted con la barbiana de los bajos ó con el principal de la barbiana, ó promueve una «reprise» del referido acto y tal, como dijo el ya mencionado ó el no mencionado cual, y, entonces, me alegro de verlo á usted bueno. El fardo se desprende á lo mejor; es decir, no se desprende, pero ya digo: me alegro de verlo á usted bueno...

Y fardo ó vermouth, uno en esencia y dos en persona, eso sí, es la mujer un laberinto del que no llega usted á verse libre, aunque estudie más Topografía que el mismo Nuncio...

Porque sucede, como diría Víctor Hugo, que «este es el fardo; este es el vermouth. Son Atlas y Nosáfugo. Son un tiro en el paladar y un néctar. Pero no se puede elegir. Tras el néctar ó Nosáfugo, le esperan á usted Atlas y el tiro. Cada vez que elija al uno, cargará con el otro; y cada vez que cargue con el otro, buscará el uno. Es un abismo de doble fondo: verde musgo sobre horrible ciénaga, bajo la cual se oculta un cráter, bajo el cual hay otros cien abismos, etc...» ¡Ohsss!

¡Ah! No son misterios, no; no son ocultas ciencias; no son ignorados errores los que petende dilucidar, descubrir ó aclarar este articulito: su alma es diáfana; conocidísimas, sus verdades; perogrulladas, sus ejemplos...

Pongo por caso:

Un hombre casado por la Iglesia
va de palique, vulgo «pelma», á casa

de «La Clotilde», ó bien se extasia contemplando las formas de la cupletista «Equis» ó de la «ecuyère» «U de Corazón». Su fardo se entera, se pone morsa ó camaleona, y murmura languida:

—¿Dónde fuiste?... ¿Qué has hecho?...

—¡Ay, fardito mío, qué fea te pones!... Estuve tomando un vermouth: sólo esto...

—¡Aaaaah!... Vermouth... Sí, sí...

—Mujer, cuando yo te lo digo...

—¡Hombre! ¿Quién te dice nada!...

Vaya, vaya... «Equis»... «U de Corazón»... En fin, buenas noches, y... que aproveche... el vermouth... ¡Ja, ja!...

—¡Eres insufrible! ¡Esto!

—¡Anda, so... lo otro!

Y aquí se repiten, corregidos y aumentados, los improprios de Mussette á Marcelo, de los cuales, á convertirse ora en Atlas, ora en el más corniveleto

dios Pan, no media ni siquiera el canto de un duro ó el de un Cardinali...

Y cada vez se va haciendo el fardo más y más pesado, cada vez más y más insufrible; y para tragar sus ojos de Dolorosa con patas de gallo, su boca de gelatina ó su nariz de cartabón, se va necesitando cada vez más y más vermouth, naturalmente...

El cual vermouth, a veces, se convierte en fardo...

De forma y manera que, de todos modos, por más vueltas que le dé usted al ajo, por todos los caminos que tire usted, por más que quiera y pueda y haga usted con respecto á la mujer, «el fardo de la existencia», ó con respecto á la mujer, «el vermouth de la existencia», tengo el sentimiento de repetirle que... nada, que me alegro de verlo á usted bueno...

ANTONIO PEDROSA.

DIBUJO DE MEMORIA



—Oye, maridito: ¿es muy difícil pintar un toro de memoria?

—Sí; pero no veo la necesidad.

TODOS DICEN...

(La última canción que han escrito para la encantadora y notable cancionista «Favorita» Ricardo Yust, el místico de las bellas canciones, y Ezequiel Endériz, el poeta admirable.)

I

¡Cabello de oro!
 Quién fuera el peine suave
 que peina tus cabellos
 para extasiarse en ellos
 y ver si son la clave
 de tu divinidad...
 Para, tras de su alifio,
 decirte mi cariño;
 decirte cómo imploro,
 ¡cabello de oro!,
 tu amor, bella deidad.

REFRÁN

*Todos dicen igual, y no me fio;
 finjo que no les oigo, y me sonrío.*

II

¡Boca de grana!
 Quisiera ser el viento
 que llega hasta tu boca

¡VENGA USTED!



—El pobrecillo viene loco de alegría. ¡Claro, en su vida se las ha visto más gordas!...

LA MENDICIDAD



—Señoritas: tengan compasión, que llevo el pantalón abierto por el fondillo.
 —Más abierto lo tengo yo...

y siente, cuando toca,
 perfume de tu aliento,
 que es voluptuosidad...
 Y si fuera el amado
 que, feliz, te ha besado
 tarde, noche y mañana,
 ¡boca de grana!,
 loco estuviera ya.

*Todos dicen igual, y no me fio;
 finjo que no les oigo, y me sonrío.*

III

¡Cuerpo divino!
 Por ser yo los encajes
 que guardan tu tesoro,
 diera torrentes de oro,
 diera los homenajes
 de mi celebridad...
 Y así, constantemente,
 tu regia carne ardiente,
 gozaría sin tino,
 de Venus inmortal.
 ¡cuerpo divino!

*Todos dicen igual, y no me fio;
 finjo que no les oigo, y me sonrío.*

EZEQUIEL ENDÉRIZ.

DISTRACCIONES



— Pues, en el piso de arriba, hay reservados; y perdone la señorita si, diciendo esto, mancho su reputación...

— ¡La mancha es para mí, animal!

El gran novelista

Es la hora del té. El bar, con tantas mujeres bellas, elegantes y suntuosamente enjoyadas, parece un fabuloso paraíso.

Raquel contempla, sonriendo placentera, á Jorge Araceli, el grande y excelso novelista que, sentado á poca distancia suya, muestra un estudiado gesto aburrido y desdenguado.

Raquel es una de esas mujeres cuyo

ensombrados por ficticias ojeras; su faz es completamente blanca, como la de un «pierrot» enharinado, y esta blancura contrasta violentamente con la rojez de sus labios, que parecen sangrar.

Un lindo y exótico vestido viste su cuerpo inquieto é inquietante, y en sus movimientos tiene la gracia y la armonía de una irreal y excelsa bailarina.

El culto á su propia belleza es lo único que en la vida le encanta y le cautiva. Para todos los hombres que la desean, guarda la más glacial indiferencia; para todos los que han sido sus amantes, su cuerpo ha tenido la impasibilidad de un cuerpo muerto.

Pero ahora está, ó cree estar, enamorada (para el caso es lo mismo) de Jorge Araceli. Mas no ha sido el hombre propiamente quien ha despertado anhelos en su alma y encendido su sangre, sino sus libros; libros donde se exalta y se diviniza la carne y la belleza y s. hace del Amor un dios humano; libros donde se dice que el hastío y el dolor no son mas que un descanso del placer y del amor.

Y mientras le mira insinuante y amorosa, evoca las palabras de la más genial de sus novelas: «Hay un instante en la vida que yo, si fuera Dios, haría eterno: es aquel en que mis ojos no ven mas que tus ojos; aquel en que mis labios están junto á tus labios; aquel en que el placer anubla el pensamiento y exalta los sentidos...»

Y Raquel piensa que aquel hombre que canta el amor con frases deslumbrantes, que tienen el mago sortilegio de hacer soñar al que

los lee paraísos de placer, debe sentirlo y hacerlo sentir como nadie á sus amantes. Y como impulsada por un deseo violento y voraz se levanta, y tras un leve vacilar se acerca al novelista, saludándole con la encantadora sonrisa de sus labios bermejos...

La conversación, al principio un tanto engorrosa é insulsa, se anima poco á poco por la gracia ingenua, á

DE LA VIDA

TUVO



—¡A ver si vamos á poder vivir! Esos guardias no nos dejan movernos...

—Entonces, me voy.

mirar brujo enloquece y cuya sonrisa, enigmática como la de Gioconda, es un venero de deseos. Artista de sí misma, se adorna á su gusto y se ambellece, y así tiene su hermosura un no sé qué de artificial y caprichoso; sus cabellos, que á veces son de un ébano negrísimo, parecen ahora relumbrar como un casco de oro; sus ojos, donde brilla la luz de un brillante color indefinible, están

la vez que perversa, de la gentilísima Raquel. Y, ya al despedirse, después de haberle ofrecido su casa, le pregunta insinuante y tentadora:

—¿Vendrá?

—¡Bah! ¿Para qué?

Ante este desprecio, ella se revuelve nerviosa como una tigresa herida; se hace hirviendo la luz de sus pupilas, y estas palabras de fuego tiemblan en sus labios sangrientos:

—¿Para qué?... Porque tus novelas me han hecho soñar con un gozar magnífico y glorioso, que nunca, nunca, enténdelo bien, ¡nunca!, han sabido darme los abrazos de los hombres, ni aun de aquellos que, por su juventud exuberante, pudieran un instante ilusionarme... Y quiero que tú, que tan alto los has puesto...

Se interrumpe súbitamente al ver que Araceli sonríe con una sonrisa entre irónica y desdenosa.

—¿Por qué se rie?—le pregunta ella muy seria.

—Porque hablas como podría hablar cualquier heroína de mis libros.

—Y eso, ¿qué?

—¡Psh!... Nada... Sigue, sigue...

—Ya he terminado. ¿Vendrás? ¿Sí ó no?

—No; y perdóname, que no es que desdeñe tu belleza, capaz de hacer pecar á un antiguo cenobita del desierto, sino que...

Aquí, Jorge vacila unos instantes, y, después, añade en un arranque de desvergonzada franqueza:

—Ya verás: voy á confesarte lo que no he confesado á nadie, y te lo confieso á ti porque tú no lo dirás á nadie, y aunque lo dijeras, no te creería nadie. Y es que así como los ciegos no pueden ver la luz del Sol, yo no he podido nunca gozar del supremo placer de los placeres...

Raquel se ha quedado fría y muda de estupor unos instantes, mientras Araceli rie con cínico descaro.

—Entonces, ¿cómo en tus novelas—dice ella al fin—has sabido pintar con tan vivos colores, que son una tentación, lo que nunca has sentido?

—¡Bah! ¿Las novelas!... La novela es una visión de la vida al través de los sueños del artista, nunca la vida misma... Y quizás porque no he gustado las mieles del placer, he podido contarlos mejor que otro ninguno. He contado un sueño virgen, sueño fabu-

BUENAS RAZONES



—¡Por Dios, conde, van á criticarle porque está usted entre las dos!

—Pues más me criticarían si estuviese) entre una nada más!...

losamente bello y encantador, que la realidad no ha manchado con sus frías decepciones. Que la ilusión es una estrella del cielo que llevamos encerrada dentro de nosotros mismos, y su áurea luz diviniza las cosas que no llegamos á palpar... Y ahora, hermosa, ahora que sabes y comprendes mi secreto torturador y magnífico, perdona mi desdén, que no es desdén. ¡Qué más quisiera yo que se estremecieran mis nervios, convulsos de deseos, para poder cantar el triunfo del amor sobre la gloria de tu cuerpo y de tu alma!

D. GUANSE SALESAS.

Lea usted

“*Joselito en El Pilar*”

ó

El sitio de Zaragoza,

por CLARITO

¡INTERESANTÍSIMO!

CINCUENTA CÉNTIMOS en toda España.

DEL CERCADO AJENO

LOS GRANDES CUENTISTAS

LA COSTUMBRE

GABINETE de madame Gabriela Stuars. Habitación amueblada con lujo sobrio y artístico, que acusa un espíritu meticoloso y refinado de mujer que vive sola. El estilo es el hombre; la casa es la mujer, toda la mujer.

Un criado (anunciando).—El señor d^e Roseline.

Gabriela (levantándose rápidamente).—¡Oh!... He aquí una visita que ya no esperaba recibir...

Roseline.—¡Qué sorpresa! ¿No es cierto?

G.—¡Cómo! ¿Es usted? ¿Después de dos años de ausencia!

R.—Tras otros dos durante los cuales estuve entrando aquí por día.

REFLEXIONES



—Es verdad que, en la casa que no hay mujer, los hombres tienen que hacérselo todo; pero lo que es en la casa que no hay hombre...

(Hincando una rodilla en tierra.) ¿Me perdona usted?

G.—¡Todavía no!... Antes necesito recibir sus confesiones; después, veremos... (Conduciéndole hacia el sofá.) Siéntese usted, y hablemos; nadie vendrá á importunarnos... (Estrechándole una mano.) ¡Pobre amigo mío!... ¡Cuánto celebro volver á verte!...

R. (alegre).—¿De veras? Pues he pasado por esta calle más de diez veces, y nunca me atreví á subir aquí.

G.—Hizo usted mal, sabiendo cómo soy yo.

R.—Sí, pero... como mi conducta ha dejado bastante que desear...

G.—Realmente, desde que se casó usted todo terminó entre nosotros. Ni siquiera tuvo usted la atención de presentarme á su señora... En fin, no por eso le guardo á usted rencor: estas ingravitudes las tienen todos los hombres... (Sonriendo maliciosamente.) Y ¡qué! ¿Empieza á aburrirle á usted el matrimonio?...

R.—Algo de eso hay.

G.—¿Mis predicciones, por tanto, van cumpliéndose?... ¡Era natural!... Su mujer, demasiado joven, deseando conocerlo todo...; y usted, algo desencantado, reculando ante los apetitos de los veinte años y encontrando en la juventud, como en las frutas verdes, más acidez que dulzura.

R.—¡Sobre todo conservando vivo el recuerdo exquisito de ocho años de amor... pasados entre los brazos de una mujer excepcional!...

G. (modesta).—Una mujer, por lo menos, que iba envejeciendo con usted, después de haber compartido sus horas de pasión y de locura.

R.—Y que, por tanto, siempre supo mantener el principal encanto de la vida: la intimidad de los espíritus.

G.—¿Acaso su mujer no tiene ingenio?

R.—No lo procura. Es una muñeca que sólo piensa en vestirse, y que se viste mal.

G.—Por lo visto, hay incompatibilidad de caracteres...

LO QUE ELLAS PIENSAN

R.—Sí, desgraciadamente.

G. (maliciosa).—¡Y... en cuanto á lo demás?

R.—¡Oh!, Madame Roseline es fiel... No la creo capaz de cometer ninguna villanía.

G.—Muchas gracias, en nombre de las pecadoras.

R.—¡La he ofendido á usted?

G.—No; al contrario, todo eso me divierte... (Ríe.)

R. (mirándola).—Pues diviértase usted. ¡Me gusta tanto verla reír!...

G.—¡Bah!... Una sonrisa de amiga antigua...

R.—¡No importa!... Yo podré haber cambiado; pero usted, no. Está usted espléndida, deslumbrante, como la mañana de un día primaveral... Y... ¿qué ha hecho usted desde que no hablamos?

G.—Ya lo ve usted... ¡Esperarle!...

R.—Vamos; no vale burlarse.

G.—No me burlo. Recuerde usted nuestra última entrevista. Yo dije que antes de tres años volvería usted á buscarme, y, en efecto... aquí está usted.

R. (acercándose).—¡Y si supiera usted cómo traigo el corazón!... Usted es mi consolación; á usted debo los únicos momentos felices de mi vida, mis contados momentos de ensueño...; ensueño dulcísimo que ha quedado en mí como un perfume... Y es tan grato, tan dulce, hallarla á usted aquí, cual si nada hubiese sucedido, tan exquisita como el mismo recuerdo que yo de usted conservaba... ¡y siempre mía!... (Se detiene mirándola inquieto.) «Siempre» ¿je... Perdóne usted. Había olvidado que hemos estado dos años separados, que usted es libre..., que acaso otro hombre... ¿Eh? ¿Es cierto?... Hable usted... Tengo miedo.

G.—No supe vengarme; pero... lo merecía usted...

R. (conmovido, acercándose más á ella y estrechando sus manos).—¿Es posible? ¡Me esperaba usted!...

G.—Míreme usted, y mire á mi alrededor.

R. (inspeccionándolo todo lentamente).



—¡Qué fieles somos las mujeres cuando el marido deja de venir á cenar sin avisarnos!o!

te).—Los mismos muebles, los mismos «bibelots»: el cuadro no ha cambiado... Sí, es cierto: por aquí no ha pasado nadie... Es el «nido» de usted, el «nuestro»... Lo llamo así porque imagino tener algún derecho sobre todo esto. Es el templo íntimo, la capillita adonde diariamente venía á practicar mis devociones.

G.—(indicando el sofá en que se hallan sentados).—¿Se acuerda usted?

R.—Sí; y de la mesita en que nos servían el té, á eso de las cinco..., cuando las sombras crepusculares comenzaban á invadir el gabinete y la conversación declinaba con el día... y sentíamos el amor en vez de hablarlo.

(Gabriela, sin responder, apoya un timbre.)

R. (viendo entrar á un antiguo criado).—¡Hola, Pedro!... (Afectuosamente.) ¿Cómo está usted?

Pedro (casi cariñoso).—Bien; muchas gracias. ¡Y el señor!... ¡Cuánto me alegro de verle!...

R.—Yo también celebro mucho de verle á usted.

G. (á Pedro).—El té.

P.—¿ Con «muselinas» para el señor, según costumbre?

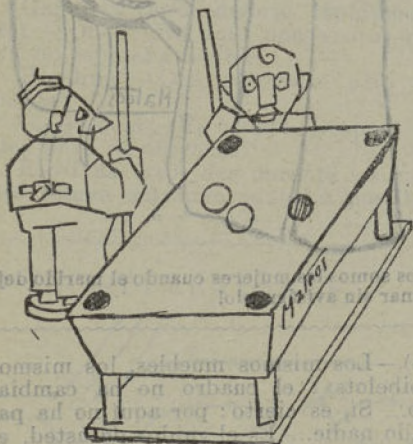
R.—Sí, sí... es cierto... con «muselinas»...

P. (saliendo).—Y con unas gotitas de anís...

R. (soñador).—¿ Como de costumbre!... ¿ Quién diría que la felicidad depende de estos mil pequeños detalles!

G.—De este polvillo de satisfaccio-

INCONGRUENCIAS



Jugador 1.º — ¿ Sobre cuál tiras ahora?

Jugador 2.º (distráido). — ¡ Hombre, tengo dos...!

nes esparcido en un ambiente que nos agrada. ¿ Qué hora es?

R.—Las seis. Casi de noche.

G.—¿ La noche!...

(Pedro reaparece y deja el servicio del té sobre un velador. Después se retira discretamente, sin dar luz.)

G. (después de un largo silencio).— ¿ En qué piensa usted?

R.—¡ Ah!... Pienso que de todos los amores que pasan sobre el corazón, sólo uno puede atravesarlo de parte á parte. Creo que de todas las mujeres, legítimas ó no, sólo una es realmente «la mujer»: la que penetra hasta la esencia misma de la vida, hasta las raíces del alma: empezó siendo la cria-

tura inspiradora de toda pasión, y, luego, con el tiempo, se convierte en la compañera, la amiga...

G.—¿ Y yo soy para usted esa mujer?

R.—Sí... El Destino es un gran componedor de tonterías. Allí, en mi casa, está el terreno de purgatorio que habré de laborar hasta mis últimos días; y aquí, el paraíso perdido definitivamente para el que ya no puede aspirar á ser el seductor de otros tiempos.

G.—¿ Cree usted también haber cambiado á mis ojos?

R.—No, no; siento lo que digo, y comprendo que por mi culpa el ensueño es imposible.

G. (atrayéndole).—¡ Ah, loco! Supongo que no irá usted á llorar... ¿ Necesita usted la absolución completa? Vamos, siéntese usted sobre mis rodillas; así... más cerca... ¿ Tiene usted miedo?

R. (turbado).—¿ Hace tanto tiempo!

G.—Y la cabeza aquí, sobre el hombro de la consoladora, de la amiga, de la madre... y también de la amante. ¿ Es usted feliz?

R.—Sí. ¿ Cómo no?... Siento vuestro calor, vuestro aliento... y olvido todo, todo... bajo las caricias de esos labios...

G. (bajando la cabeza).—Tómalos...

R. (después de besarlos y como en éxtasis).—¡ Ah! ¡ Te adoro... con toda mi alma!... ¿ Tengo veinte años!...

G.—¡ Ya lo ves!... (Con acento de alegría victoriosa.) Siéntese usted, caballero; el té está servido.

R. (volviendo á su sillón).—Y hay que beberlo caliente.

G.—Conozco muy bien vuestros gustos: tres pedacitos de azúcar y un poquito de anís... ¿ No es eso...?

R.—Eso es.

(Mientras las sombras del crepúsculo van invadiendo el gabinete, los dos amigos se divierten recordando una pluralidad de lances diversos. Después, Roseline se levanta — coge su sombrero del sitio en que siempre lo puso. Gabriela le acompaña hasta la puerta, y, una vez allí, levanta la cabeza, ofreciéndole sus labios.)

G.—¿ Hasta cuándo?

R. (tranquilo).—¿ Hasta cuándo ha de ser?... Hasta mañana... ¿ Como siempre!...

MIGUEL PROVINS.

IRONIAS

DEJIDIMOS no volver á vernos: yo la había engañado sabiendo que mi traición, tarde ó temprano, nos divorciaría con barreras inallanables de amor propio lastimado; nuestra reconciliación era imposible; debíamos separarnos, restituírnos mutuamente los pequeños recuerdos de nuestra pasión; pasión de cerebrales, nutrida con frondosidades retóricas y malsanos espejismos de arte; arrancarnos de la carne y del pensamiento la costumbre dulce de pertercernos.

Yo había agotado los ruegos y las razones que, á juicio de mi tolerante conciencia, disculpaban mi felonía. En la memoria conservo aún la impresión de aquel comedorcito tapizado de blanco, según lo vi por última vez: la lámpara recortando un círculo obscuro sobre el hule que cubría la mesa; los retratos de artistas desparramados en calculado y agradable desorden por las paredes; los dos floretes cruzados sobre un estartito repleto de novelas y de libros místicos; el cesto donde «Ella» guardaba sus enseres de costura colocado junto á su silloncito de trabajo; la pajarera, donde dos canarios, acurrucados sobre un nido, parecían decirnos que sólo la fecundidad asegura la santidad del amor; y yo mismo, en fin, de pie, viendo correr por un testero de la habitación las sombras que proyectaban los ademanes desolados de mis manos y de mis brazos suplicantes.

—¿De modo—añadí entregándome—que todo ha concluido?

—Todo, sí.

—Bien está; pues tú lo quieres...

Dí media vuelta y salí al recibimiento, donde mi gabán y mi sombrero me esperaban. Sentimentalismos pueriles, casi ridículos, me asaltaron. Dentro de aquel abrigo mi corazón había latido de amor por «Ella»; bajo aquel sombrero mi cabeza había pensado en «Ella» muchas horas... Pero la comedia terminaba y era necesario representar la última escena dignamente.

—Entonces—dije—adiós.

Ella repuso desde el comedor, sin moverse:

—Adiós.

Todavía estuve quieto algunos ins-

tantes, despidiéndome de «Ella» con los ojos, besándola mentalmente: estaba sentada, las marcos caídas sobre el regazo; sus cabellos castaños se encrespaban alrededor de su frente triste; bajo su nariz aguilena, la boca, de delgados labios, insinuaba una línea desilusionada y exangüe: el perfil, sin embargo, del mentón testarudo desmentía la tristeza general del rostro, asegurándome que nuestra separación era irrevocable. Sin atreverme á trabar, por el perdón de lo ocurrido, un nuevo combate, abrí la puerta de la

COSAS DE LA EDAD



—Le juro á usted, Argelita, que la solicito con toda mi buena intención.

—Sí; pero, con la intención, no me basta...

escalera, bajé una veintena de peldaños, atravesé un zaguán y salí á la calle; la calle fría, ingrata, cauce indiferente, de lo que viene y de lo que va, hablándome de pasiones nuevas, de hogares distantes...

Al día siguiente, «Ella», por conducto de su criada, me devolvió mis cartas: formaban un gran paquete, atado con un balduque rojo.

La sirvienta me miraba con ojos crecidos que prestaban fe menguada á la sinceridad caballeresca de mi dolor. Yo pregunté:

—¿Qué hizo la señorita anoche, después que yo me fuí?

—Acostarse; luego, sin duda no tenía sueño, se levantó y se puso á escribir... y debió de trabajar hasta muy

INCONGRUENCIAS



- Pero ¿vas á torear en este tiempo?
 —¡Quia! E; que voy á empear la ropa.
 —¿Y con qué vas á volver?
 —Con lo mismo que llevo.

tarde, porque esta mañana el quinqué no tenía petróleo.

Permanecí absorto, divagando por los laberintos de una deliciosa peregrinidad. Mi interlocutora dijo:

- ¿No tiene usted nada que darme? Volví á la realidad.

—Sí—repuse—; espera...

Y la entregué todas las cartas que de «Ella» conservaba: había muchas; pasaban de cien.



Dos años después, una tarde, «Ella» fué á verme; su visita no embozaba ningún propósito de reconciliación ó seducción: tratábase simplemente de que yo publicara en mi periódico el retrato de una actriz amiga suya. También hablamos de nosotros, de nuestra historia, y lo hacíamos observándonos curiosamente, como buscando la razón fría de que nos hubiésemos amado tanto. Y me lamenté de que estuviéramos irremisiblemente separados. «Ella» repuso:

- La culpa es tuya.
 —¿Mía, del todo?
 —Sí.

—No comprendo. Fui infiel, es cierto, pero luego me arrepentí y busqué

con toda mi alma tu perdón. Pero fuiste inflexible; tú me despediste, me cerraste, con cerrojos de indiferencia y de desprecio, la puerta de tu casa...

«Ella» replicó con la amargura de la mujer que no para mientes en las galanterías del hombre de quien se conoce secretamente desdefiada.

—Te despedí, es verdad...; pero aquella misma noche, cediendo á mi pena, te envié un lazo, un pretexto que ofrecía á nuestra reconciliación puente de plata. ¿Por qué no contestaste á mi carta?

Yo juré no haber recibido carta ninguna. «Ella» afirmaba tristemente, resignadamente.

—Sí—repetía—, sí la recibiste; pero no quisiste responder; entonces vi que todo había concluido; lo que tu infidelidad comenzó lo ratificó tu silencio.

Poco á poco, de confesión en confesión, fué informándome de los estados por que pasó su espíritu la noche en que nos separamos. Durante los primeros momentos estuvo tranquila y como satisfecha de que hubiesen terminado unas relaciones que ya juzgaba demasiado largas; su amor propio ofendido apoyaba su resolución, dándole el poder de lo irremediable. Después, su voluntad empezó á flaquear; recordó las dulzuras de nuestra pasión, las horas de tedio y de alegría que compartimos, los tesoros de confianza que insensiblemente fuimos depositando el uno en el otro. ¿Por qué interrumpir una novela de pasión en la que, realmente, no compusimos ninguna página fea? ¿Por qué emprender con otro amante la tarea, no siempre agradable, de conocer y ser conocida?... Y entonces saltó del lecho, corrió á la mesa y, á vuelapluma, según su corazón quiso dictársela, escribió una carta invitándole á volver.

—Esa carta—erité extendiendo la mano como para jurar—no la he leído yo.

Tras una pausa, «Ella» repuso:

—¿Qué hiciste del paquete de cartas que te devolví?

—Guardarlas según tú me lo enviaste.

—¿No lo desastaste?

—No. Mira.

Abrió un cajón de mi mesa, uno de esos cajones sagrados donde vamos arrinconando los despojos de lo que hemos querido, y saqué un gran pa-

quete de cartas y periódicos atados por una cinta roja.

—Toma—dije.

«Ella» lo cogió, soplando ligeramente sobre él para quitar el polvo que lo cubría; examinó el rudo, reconociéndolo como suyo. Después, tristemente:

—¡Qué poco me has querido!—murmuró.

—¿Por qué?

Hubo una pausa, durante la cual un dolor terrible fué apretándome la garganta. Acababa de recibir el presentimiento de que la felicidad había pasado por entre mis manos sin rozarlas. «Ella» prosiguió:

—Porque si me hubieses querido, ya que no podías vivir en mi intimidad, hubieses buscado instintivamente consuelo á tu dolor, repasando aquellas páginas que guardaban la historia de nuestras citas, el eco de lo que hemos hablado, la huella de mis besos y de mis lágrimas.

La observación era justa, y no supe qué contestar. Nerviosamente, deshice el paquete. Entre mis cartas, efectivamente, estaba la suya.

Decía así:

«Todo ha concluído entre nosotros. Sin embargo, deseo verte: anoche dijiste una frase que, al pronto, dejé pasar inadvertida, pero que luego me preocupó. Necesito que me la expliques porque no quiero que, más tarde, me llames injusta. Te espero, pues, como siempre, por las noches, de nueve á diez...»

«¡De nueve á diez!...» ¡Dónde tué aquella hora que había de volverme á los brazos de una de las mujeres que más he amado? Entre mis cartas, residuos melancólicos de una pasión que creí extinta, aquellos renglones eran la semilla, seca ya, de una resurrección malograda; semilla irónica, desesperante, cruel, como una mueca de la vida. ¡Por qué á las citas que nos da la dicha llegamos siempre un poco tarde?

Una desesperación indescriptible se apoderó de mí; hubiera querido llorar, gritar, destrozarme el cráneo contra las paredes. «Ella», que era muy devota, procuró consolarme.

—Cálmate—dijo—; seremos amigos; nada más que amigos. Hay allá arri-

ba algo que destruye lo que nosotros pretendemos eternizar aquí abajo.

EDUARDO ZAMACOIS.



CANTARES BATURROS

«Pobrecicos» picadores;
¡qué pena me causa el «velos»!
¡«Mía» que no poder montar
en su vida mas que pencos!

—
A tu madre no le gusto;
á tu padre no l'agrado,
y «á tú», morros de cochina,
¡qué poca gracia te hago!

—
Si por chico me «disprecias»,
anda y búscate un «güen» mozo;
¡mira que los «chaparricos»
son más «juertes» que los chopos!

LUIS SANZ FERRER.

LO QUE ELAS QUIEREN



Ella.—Siempre me ocurre lo mismo: vengo decidida á exigirte la mar de cosas, y me tengo que conformar con la perilla...

CELEBRIDADES

En el campo y con gemelos,
Vicente y Juan, que es su hermano,
contempla «Vicente, Vega»
y «Juan B-el-monte» cercano.

En Africa buscan novia
Francisco y Fernando Ruano;
le gusta á «Fernando, Mora»,
pero á «Francisco, Mora-no».

Se van á mudar de casa
Goy y Pablo Sauquillo:
Pablo, de Silva, á Tudescos,
y «Goy, de Silva», á Barquillo.

Enrique Gómez y Antonio,
que son ambos dos chiquillos,
han comprado: Antonio, un carro,
y «Enrique Gómez, Carrillo».

DESIGUALDADES



—Buena, Eloisita, francamente: ¿usted cree que podría amarme?

—¿Caramba! El que no podría sería usted...

Pedro de Re, un concierto
da en la plaza de Olavide;
su amigo Blas es quien toca,
porque «Pedro de Re-pide».

Diego y Fidel, dos devotos,
dónde fueron no lo sé;
pero trajo éste un San Juan;
compró «Diego, San José».

Ayer se fueron de campo
la Dionisia y Rafaela;
gustan mucho á ésta los bosques,
y á la «Dionisia, La-hera».

Un duque se fué á Bilbao
con su criado Paniagua
á distraerse en el mar:
le gusta al «Duque Ver-agua».

De Joaquín, todos se mofan,
no dejan de murmurar;
á «Joaquín Dicen-ta»-les cosas,
que se piensa suicidar.

MANUEL DOMINGUEZ.

RATOS DE OCIO

EL ÚLTIMO ADIÓS

Es una noche fría y lluviosa, noche africana de invierno; el aire gruñe como lobo hambriento, confundiendo sus alaridos con los de los chacales que rodean el campamento. El cielo plomizo, á trechos bermejo, semeja un inmenso lago de sangre...

Los centinelas, alineados á distancias iguales á lo largo del parapeto, parecen trozos de granito, inmóviles y silenciosos. Son las dos de la madrugada. Estoy haciendo mi cuarto de cabo, y al dar una de mis obligadas vueltas por el callado recinto advierto, frente al último centinela, ruido sospechoso, como

el cuchicheo de voces apagadas, de alguien que discute. Deben ser moros que acechan, al otro lado de las alambradas, el momento oportuno para tirar sobre algún confiado centinela, que, quizás influenciado por la intermitente caída del agua, esté medio somnoliento en su puesto de honor... Acudo á su lado, y figuraos mi sorpresa al verlo despierto y sin hacer caso del supuesto peligro, llorando á más no poder; le

No me había alejado diez metros del centinela, cuando oí una descarga del exterior. Vuelta la cara, vi con horror al soldado que acababa de hablar conmigo tendido y saliéndole por la frente abundante sangre. Me acerqué á él para recogerle y prestarle los auxilios posibles, y al tocarle abrió sus ojos, vidriados ya por las sombras de la muerte, y sólo habló estas palabras sublimes en aquel trance supremo: «Amigo, dile á mi madre que he muerto pensando en ella. Tú lo sabes... ¡Adiós, madre mía!» Y expiró. Y yo pensé entonces que, á veces, la Patria exige sacrificios muy penosos... y á veces ¡no los paga!

¡VAYA UNA RAZÓN!



—¡Caballero! ¿Ha olvidado usted que soy casada?

—¡Vaya una razón! También mi mujer es casada, y jamás me ha rechazado esa proposición.

preguntó la causa de su llanto, y me dice: «Lloro porque pienso en mi madre, que está enferma, y como hace ya treinta y dos meses que no me ve, se ha agravado. Ya ves tú qué cosa: no lo he podido remediar, y he llorado.»

Le consuelo y le encargo especial vigilancia en su puesto, y voy á continuar mi interrumpido paseo, pensando en que hay lágrimas que en vez de avergonzar á un hombre le ennoblecen...

TIBIO TENAZAS.

FOTO graffas artísticas del natural. Catálogo detallado, 30 céntimos, sellos españoles. B. Leonard, sucesor.
Rua Barao Sao Coame,
OPORTO (PORTUGAL)
(Franquear sobre con sello de 10 cts.)

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS
HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

Agentes exclusivos en Suramérica,

MASIP Y COMPAÑIA

RIBADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Viuda de José Lerín

encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid (Abada, 22, tienda).

Establecimiento tipográfico de «El Liberal».

LAS GRANDES OBRAS ERÓTICAS

COLECCION UNICA, A UNA PESETA EL TOMO

Las mejores y más atrevidas historias galantes de la antigüedad, recopiladas de los documentos originales, por Diego Quijano.

Las grandes orgías del sensualismo, estudio histórico, por Jean Pourget.

Cómo caen las mujeres, episodios de la vida real recopilados por J. Lozano Cibeira.

Cada tomo con artística cubierta á todo color. Pídase en todas las librerías y kioscos, y á la editorial Dep, Córcega, 299, Barcelona, que las remite franco de porte, contra envío de su valor en sellos ó giro postal.

PASTORA IMPERIO ■ : : LIBRO DE INTIMIDADES

UN TOMO EN 8.º DE 130 PÁGINAS, 2'50 PESETAS

CONTIENE ESTE LIBRO: «El relicario de sus confidencias». — «Cómo empezó á bailar Pastora». — «La gloria del *déut*». — «Los dos duros más bendecidos». — «Por qué pasó á llamarse Pastora Imperio». — «Un célebre baile de máscara». — «Los comienzos de la Fornarina». — «Los amores de la Imperio y el Gallo». — «La Imperio sueña con ingresar en un convento». — «La Imperio, en su hogar». — «Su devoción por la Virgen de la Esperanza». — «Caridad hermosa», etc., etc. — Una magnífica portada y profusión de fotografías. — Se envía á provincias, certificado, por 3 pesetas en sellos de Correos, ó Giro Postal. — Los pedidos, con su importe, únicamente á **Antonio Ros**, librero, **Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid**.

Exportación por mayor de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero. — ON PARLE FRANÇAIS.

ANTES, EN EL LECHO CONYUGAL, Y DESPUES

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas**. Buenas librerías de España. En Madrid, Fe, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo, certificado, enviando 3 pesetas por Giro Postal á *Archivo*, Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. • Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar. Los pedidos con su importe, dirijanse únicamente á **Antonio Ros**, librero, **Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid** (casa fundada en 1896). — *Biblioteca privada*. — Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas. — *Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos á los señores librerías y corresponsales de España y América.*